

Domingo XX del Tiempo Ordinario/B

(Pro 9, 1-6; Ef 5, 15-20; Jn 6, 51-58)

El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él (Jn 6,51.56)

Vimos en los domingos pasados algunas dimensiones de la Eucaristía: la Eucaristía como *sacrificio*, como *presencia* real de Cristo y como *prenda de inmortalidad*. Hoy la liturgia nos propone otra dimensión: la Eucaristía como *banquete* y alimento que nos une a Cristo en la comunión (1ª lectura y evangelio). Y los términos que san Juan emplea y repite son de un realismo que no cabe duda alguna: no es cualquier comida, sino comida celestial. A esta comida son invitados todos sin excepción, como dice san Francisco de Sales: "*los perfectos para no decaer; los imperfectos, para que aspiren a la perfección; los fuertes para no enflaquecer; los débiles para robustecerse; los enfermos para sanar; los sanos para no enfermar*" (Introducción a la vida devota, II, 21). Lógicamente, con las debidas disposiciones interiores.

"Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne para la Vida del mundo...El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él (Jn 6,51.56), así ha dicho el Señor. Jesús toma entre las manos el pan y dice "Tomen, esto es mi Cuerpo" (Mc 14,22). Con este gesto y con estas palabras, Él asigna al pan una función que ya no es la de simple alimento físico, sino la de hacer presente su Persona en medio de la comunidad de los creyentes.

La aspiración a la comunión con Dios está presente en todas las religiones. De ahí, los sacrificios y comidas sagradas en las que se considera que Dios comparte algo con el hombre. Esos sacrificios del Antiguo Testamento preparan ya ese deseo del hombre de entrar en comunión con Dios. Fue Cristo quien llenó ese deseo del hombre. Con su Encarnación, Cristo compartió nuestra naturaleza humana para hacernos partícipes de su naturaleza divina. Y en la Eucaristía es donde Dios concretó e hizo realidad este deseo del hombre. De una manera plástica san Juan Crisóstomo dice: "*Tenemos que beber el cáliz como si pusiésemos los labios en el costado abierto de Cristo*".

Ahora bien, para entrar en este *banquete* se necesitan unas *condiciones*. *Primero, fe*, pues la Eucaristía es un misterio de fe. Vemos, saboreamos y tocamos pan; pero ya no es pan, sino el Cuerpo Sacratísimo de Cristo y la Sangre bendita de Cristo. *"No te preguntes si esto es verdad, sino acoge más bien con fe las palabras del Señor, porque Él, que es la Verdad, no miente"* (Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica* III, 75, 1). *Segundo, humildad*, para reconocernos hambrientos y necesitados de ese Pan de vida eterna. Quien está ahído y lleno de los manjares terrenos, difícilmente tendrá hambre de este manjar celestial. *Tercero, con el alma limpia de pecado grave*. El alma en gracia es el traje de fiesta que pedía Jesús (cf. Mt 22, 11). San Juan Crisóstomo dice: *"Si te acercas bien purificado, recibes gran beneficio; si te acercas manchado de culpa, te haces acreedor a la pena y al castigo eterno. Porque con tus culpas le vuelves a crucificar"* (Homilía evangelio de san Juan, 45). Junto a estas disposiciones interiores están las disposiciones externas: ayuno, es decir, no comer nada una hora antes de comulgar; el modo digno de vestir y las posturas respetuosas. El cura de Ars decía: *"Debemos presentarnos con vestidos decentes; no pretendo que sean trajes ni adornos ricos, mas tampoco deben ser descuidados y estropeados...Habéis de venir bien peinados, con el rostro y las manos limpias"* (Sermón sobre la comunión).

¿Me acerco a la santa misa y a la santa comunión con el alma en gracia? ¿Tengo hambre de Cristo Eucaristía o puedo pasarme meses y meses sin comulgar? En el caso de que no pueda comulgar sacramentalmente, ¿he aprendido a hacer ya una comunión espiritual?

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)